

LA CULTURA DE PAZ: CLUBES UNESCO Y ESCUELAS ASOCIADAS

Miguel Carrascosa Salas
Presidente Centro Unesco Andalucía

Excmas. e Ilmas. autoridades, Junta Directiva del Club UNESCO de Sevilla, participantes, señoras y señores:

Una especial y profunda satisfacción siento en este solemne acto de apertura del III Simposio Nacional sobre «*Familia, Comunicación y Educación*», que ha organizado el joven y pujante Club UNESCO de Sevilla, en el que hemos puesto muchas ilusiones, proyectos y esperanzas.

Realmente puedo manifestarles que el gozo y la alegría que esta tarde invaden mi corazón están plenamente justificados por dos razones fundamentales: a) Por ser el Club UNESCO de Sevilla el que haya promovido, dirigido y coordinado la preparación y organización de este III Simposio Nacional, y b) Por el acierto que ha tenido en someter a estudio, reflexión y tratamiento un tema tan fundamental para la subsistencia y porvenir de la sociedad como es el de la **familia**, un «grupo relacional que se que construye en el tiempo y que permite la maduración humana y personal de los miembros que la constituyen» (padres, hijos, hermanos, abuelos y parientes).

No podemos ni debemos olvidar -a pesar de los cambios y transformaciones que ha sufrido la sociedad- que «la familia es de siempre; viene del fondo mismo de nuestra especie y es consustancial con nuestra condición humana» (Dr. Botella Llusía, 1982).

En la actualidad, la función humanizadora de la familia se pone de manifiesto en una doble vertiente:

- a) *En su dinamismo personalizador*, propiciando la realización del yo dentro del grupo primario y plasmando así la personalidad integral del ser humano; abriendo cauces para el desarrollo de la genuina relación interpersonal, mediante la cual se consigue la estabilidad afectiva y neurohumoral de los hijos/as; iniciando a los sujetos en la sabiduría humana, que conduce hacia el humanismo y que se concreta en la realización apasionante de un proyecto de vida cargado de mensajes y esperanzas...

«La familia -se ha dicho- es «escuela del más rico humanismo», ya que que en ella coinciden distintas generaciones que se ayudan mutuamente a lograr una mayor

sabiduría. La familia, en definitiva, es el lugar humano en el que se transmiten los valores, las actitudes y los comportamientos, convertidos en proyectos de vida» (VIDAL, M, 1991: *Moral del amor y de la sexualidad*, P.S. Editorial, Madrid, pp. 5345-535).

- b) *En su función socializadora*, implantando un sistema de relaciones humanas, integradoras y dinámicas, que son la base para la creación de un clima familiar vertebrado sobre tres pilares fundamentales:
- el respeto interpersonal,
 - la justicia en libertad,
 - el diálogo a través de un amor compartido.

Contrarrestando la fuerza despersonalizadora y masificadora de la cultura contemporánea.

«La familia posee y comunica todavía energías formidables capaces de sacar al hombre del anonimato, de mantenerlo consciente de su dignidad personal, de enriquecerlo con profunda humanidad y de incorporarlo a la sociedad» (F.C., núm. 12).

Proponiendo un proyecto de vida que, siendo crítico y exigente en las situaciones de injusticia que el mundo soporta, equipa a los sujetos de actitudes válidas para la transformación de la sociedad.

Desde el punto de vista físico, espiritual y afectivo, el hombre y la mujer necesitan de un ambiente natural, apropiado, para desarrollar sus inmensas capacidades personales. Hasta ahora -que sepamos- no se ha inventado otro que el propiciado por la familia normalmente estructurada por la libre decisión de la pareja. La familia como centro operativo de intimidad, en donde no sea posible la alineación, esto es, como encuentro fecundo y singular de relaciones interpersonales.

Freud fue el primero que puso e manifiesto que la actividad de nuestra vida normal, patológica o criminal, está supeditada a nuestra afectividad. Con ello puso de manifiesto la importancia del ambiente familiar y definió el papel de los padres en la formación de los conflictos afectivos, que suelen desembocar -tarde o temprano- en trastornos neuro o psicopáticos, y no pocas veces en conductas delictivas.

Privar, por ejemplo, a los hijos de la influencia del afecto y del contacto materno durante los primeros años de la vida podría producir en la prole, según las investigaciones del doctor Goldarf:

- inadaptación social,
- hiperactividad,
- irritabilidad permanente,
- conflictos de retraimiento e inferioridad,
- desconfianza en sí mismos,

- rebeldía,
- fracaso escolar, actitudes y conductas delictivas, etc.

Los efectos antisociales más claros producidos por la carencia de afecto maternal durante los primeros estadios de la vida, se corresponden efectivamente con la alta proporción de delincuentes que se encuentra entre niños privados de la madre o de un sustituto maternal idóneo, como han confirmado los estudios e investigaciones de Bowlby y Bodman.

Desde el claustro materno hasta la pubertad; desde la pubertad hasta la integración del joven en los grupos adultos consolidados, desempeña la familia una decisiva influencia como grupo relacional que se construye en el tiempo, para hacer posible, después:

- la seguridad emocional de los hijos,
- la interacción padres-hijos,
- la superación personal,
- los progresos escolares,
- la confianza y la seguridad en sí mismos,
- el optimismo, la alegría y el gozo de vivir,
- la disciplina y el orden intrafamiliares, sin imposiciones, etc.

El doctor José Luis Pinillos ha escrito que el grupo familiar consolidado actúa «como sostén familiar primario, como estructura reductora de ansiedad, como reforzadora de pautas y valores compartidos, como escuela de compenetración y convivencia».

Esta realidad antropológica constatada y constatable -que ninguna cultura auténtica ha puesto en entredicho- hizo exclamar al viejo profesor Enrique Tierno Galván, con motivo de la clausura, en 1982, de un Congreso Internacional de Amas de Casa, celebrado en Madrid: «¡Si la familia se destruye se destruye también la sociedad».

1. ¿Qué características deberían definir a la familia del tercer milenio?

- a) *Potenciadora de la persona humana.* Hoy -tenemos que reconocerlo- la sociedad se gloria de haber potenciado la dignidad de la **persona humana**, proclamando una serie de derechos que concretan y explicitan las exigencias de esa dignidad.

Pero, al mismo tiempo, se le acusa de inhumanidad, porque no está propiciando el desarrollo y la promoción de *todos* los seres humanos: Primero, porque les hace vivir en un insaciable ansia de **tener**, creando en las familias necesidades que convierten a sus miembros en esclavos del trabajo y en víctimas de la competencia más despiadada y agresiva. La acumulación de bienes se convierte en meta esencial de la vida. Segundo, porque esta sociedad de la opulencia y de la globalización está siendo descaradamente injusta a la hora de repartir los frutos y logros del bienestar.

«Si una parte de la humanidad está en condiciones de ser más verdaderamente humana, es a costa de que la gran mayoría de los humanos permanezca en la miseria (en la explotación) y en la inhumanidad».

2. ¿Qué hacer ante este reto?

- Poner a la persona en su sitio, es decir, en el centro de la vida humana (familia, escuela, trabajo, grupos, instituciones).
- Lograr que cada miembro participe, de modo creativo, operativo, libre y fecundo, en la vida familiar, superando muchos roles estereotipados: «El padre manda, la mujer gobierna el hogar, los hijos obedecen», y rechazando otras muchas rutinas y «herencias» del pasado que empobrecen la vida de cada día, el empleo del tiempo libre y la riqueza de las relaciones interpersonales.
- Potenciar la auténtica libertad, fomentando al propio tiempo la asunción de responsabilidades compartidas y el desarrollo de las opciones personales, para hacer de nuestras familias grupos y comunidades realmente participativas y democráticas.

b) *Abierta a los problemas y aspiraciones de la sociedad*

La sociedad necesita de la familia para actuar de trampolín entre la persona y la realidad social, entre el hogar y los grupos adultos consolidados; entre la familia y la sociedad no debe existir oposición irreductible.

Lo que los hijos reciban en la familia ha de ser válido para que éstos se integren, vivan y relacionen dentro de la sociedad. Cuando esto no es así pueden ocurrir dos cosas:

1. Que los hijos/as vivan la sociedad como una amenaza, o
 2. Que la vivan como una verdadera liberación.
- Como amenaza, porque sienten que todo lo que han recibido en el seno de la familia es puesto en crisis y negado por el ambiente.
 - Como una liberación, porque -por fin- han logrado emanciparse del mundo cerrado, egoísta y unilateral en que han vivido.

(Ni en uno ni en otro caso la familia ha sido una escuela de preparación para la vida social; sólo ha servido para inculcar una oposición irreconciliable entre esas dos realidades que deberían estar preparadas para entenderse...).

3. ¿Las tareas urgentes de la familia de cara al tercer milenio?

Cuatro grandes retos ha de enfrentar la familia contemporánea de cara al tercer milenio que ahora comienza:

1. La familia al servicio de la **igualdad**:
«¡La igualdad de los sexos!» Pero de verdad: ¡Son tan generalizados los síntomas de intolerable machismo que aún subsisten...!
2. La familia al servicio de la **participación**, a través del diálogo intergeneracional. «El camino del diálogo y la comunicación es un camino tan difícil y complejo como gratificante... Y, desde luego, un camino que no se puede recorrer en solitario, por **comunicarse** es una acción recíproca, que consiste en saber recibir lo que el otro expresa sobre sí mismo y expresar lo que uno es y siente...»

En el diálogo se vive la experiencia de que los otros/as no son como yo. Y el descubrir esta realidad genera muchas veces inseguridad y hasta cierta necesidad de someter a los otros/

as a mi propia manera de ser y a mis propios criterios: En un mundo homogéneo siempre nos sentiremos psicológicamente más seguros y arropados; pero ése no es el camino.

La madurez de la persona sólo llega cuando ACEPTO a los otros en tanto que diferentes de mí y los respeto, amo y sirvo en cuanto tales. Precisamente porque los demás son distintos de mí, los otros me enriquecen, lejos de producirse inseguridad; es ocasión entonces de confrontar mi propia realidad personal y de relativizar muy saludablemente lo que realmente soy.

Una familia abierta a la participación es, por tanto, la meta hacia la cual debe dirigirse la familia de hoy y la familia del futuro.

3. La familia al servicio de la **libertad**.

Este objetivo permite llenar de sentido todo el dinamismo vital de cada uno de cada uno de sus miembros para el logro de la realización plena de sus capacidades, aspiraciones y proyectos.

4. La familia al servicio del **amor**.

El amor es insustituible, porque sólo el amor impide a la persona centrarse sobre sí misma y la impulsa a salir de sí y darse al otro/a en una permanente actitud de donación gratuita y desinteresada...

¿Que qué tenemos que hacer para recuperar los auténticos valores familiares, inseparables de las virtudes humanas que vertebran y dan sentido a la convivencia?

- Vivir un sistema de relaciones basado en el respeto mutuo, en la justicia, en la libertad, en la comunicación, en la corresponsabilidad, en la tolerancia y en el perdón.
- Rechazar todo aquello que despersonaliza y masifica a los hombres y a las mujeres de cualquier entorno.
- Proponer un nuevo modo de vivir que sea crítico frente a la injusticia y activo frente a la omisión y a la indiferencia.
- Mantener con todos una actitud de diálogo y un corazón reconciliado, de manera que la globalización (social, cultural, económica, técnica o política) no sea una preocupación que sólo atañe a los expertos, sino una actitud identificativa de todo hombre y mujer en la vida ordinaria.
- Orientar el dinamismo y el compromiso de la familia hacia un sistema de valores centrado en la solidaridad, o sea, en la «vinculación absoluta y permanente con alguien, en un compromiso que no puede romperse...» Nos sentimos, así, responsables de nuestro hermano/a...:

«Me siento responsable de la situación que estás viviendo, me siento implicado en ella, la vivo contigo, intento resolverla contigo».

Y esta solidaridad hemos de ejercerla, sobre todo, en el interior mismo de nuestras familias, «...especialmente en las situaciones normales. No es necesario un gran problema o una situación límite para poner en juego nuestra solidaridad. En la familia tenemos también la presencia de los más «olvidados»:

- la madre que sigue asumiendo todo el trabajo de la casa y a veces hasta el de fuera;
- el enfermo que se siente débil, solo y aburrido;
- el anciano, que se sabe inútil, «arrumbado» e impotente;
- el hijo o el hermano/a, que atraviesa un período difícil o sufre los efectos de la manipulación, del sexo, del alcohol o de la droga;
- el padre, angustiado por la situación de paro o de penuria económica, etc.

4. ¿Qué cómo ejercer la solidaridad?

- Escuchándoles con diligencia y amor.
- Estando atentos a las situaciones y demandas de los que nos rodean.
- Valorándolos como personas.
- Aceptándolos como son.
- Dedicándoles parte de nuestro tiempo libre.
- Compartiendo con ellos lo que pensamos, sentimos o poseemos, etc.

«Vivir en solidaridad no es algo automático, friamente programado. Vivir en la solidaridad exige que nos pongamos en ruta, que adoptemos una sincera actitud de cambio. Así, poco a poco, modificaremos nuestra manera de pensar y de vivir, y, dirigiendo nuestra mirada y nuestra conciencia hacia la verdad que compartimos, construiremos nuestra vida sobre la Buena Nueva de la fraternidad universal».